

Javier Murcia Ortuño

Esparta



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2017
Primera reimpresión: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Busto en mármol del guerrero espartano Leónidas, procedente de Esparta.
© ACI / Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Javier Murcia Ortuño, 2017
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-641-7
Depósito legal: M. 129-2017
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 15 Prefacio
- 1. Tiempo de conquista
 - 19 El retorno de los Heraclidas
 - 24 La conquista de Laconia
 - 27 Las poblaciones sometidas: ilotas y periecos
 - 30 La conquista de Mesenia
 - 35 La fundación de Tarento
 - 39 Batalla de Hisias. Las Gimnopedias
 - 41 Tirteo y la Segunda Guerra Mesenia
- 2. Dioses y festivales de Esparta
 - 44 Los piadosos espartanos
 - 47 Helena y Menelao
 - 49 Los Dioscuros
 - 53 La Acrópolis de Esparta y el templo de Atenea
 - 55 El santuario de Ártemis Ortia
 - 58 Amiclas y el culto a Apolo y Jacinto
 - 61 Las Carneas
 - 61 Alcmán y Estesícoro
- 3. El sistema político espartano
 - 67 Licurgo y la *Gran Retra*
 - 71 Los reyes
 - 77 La *Gerousía*
 - 79 La Asamblea
 - 80 Los éforos

	4. Educación y sociedad
84	El trabajo y la propiedad de la tierra
87	El sistema educativo. <i>La agogé</i>
97	Las comidas comunes
103	La Vida cotidiana
106	El giro hacia la austeridad
	5. El dominio del Peloponeso
119	Tegea y la batalla de los Grilletes
125	Argos y la batalla de los Campeones
127	Los periecos
132	Esparta y Oriente
137	Cleómenes I
138	El problema de Atenas
143	Aristágoras en Esparta
145	Cleómenes contra Argos. La batalla de Sepea
148	El asunto de Egina. La rivalidad entre los reyes
151	Muerte de Cleómenes
	6. Las mujeres de Esparta
154	Crianza y educación
158	Matrimonio
162	Madres severas
163	Libertad e independencia económica
167	Adulterio, poliandria y soltería
	7. Las Guerras Médicas
169	Maratón
171	Leónidas y la batalla de Las Termópilas
181	Salamina y Platea
188	Mícale

8. Un periodo de crisis
 - 190 La discusión sobre la hegemonía
 - 198 El terremoto del 465
 - 202 La represión de los ilotas. La *criptia*
 - 209 La primera guerra contra Atenas

9. La Guerra del Peloponeso (I)
 - 215 Detonantes de la guerra
 - 220 Estrategia de guerra
 - 221 Primeros años de guerra
 - 223 Defección de Mitilene. Alcidas en el Egeo
 - 225 El desastre de Pilos
 - 231 Brásidas
 - 236 La paz de Nicias

10. La Guerra del Peloponeso (II)
 - 240 Nuevas alianzas
 - 242 Los espartanos expulsados de Olimpia
 - 245 Hostilidades en el Peloponeso
 - 247 La batalla de Mantinea del año 418
 - 252 La campaña ateniense en Sicilia
 - 254 El espartano Gilipo en Sicilia

11. La Guerra del Peloponeso (III)
 - 258 La guerra en el Egeo
 - 264 Alcibíades abandona a los espartanos
 - 267 Reveses en el mar
 - 271 Lisandro
 - 273 Calicrátidas y la batalla de las Arginusas
 - 276 Lisandro de nuevo. La batalla de Egospótamos

12. La hegemonía espartana
- 280 La insaciable sed de riquezas
 - 284 Bizancio y Atenas
 - 287 El castigo de los eleos
 - 289 Agesilao II
 - 290 La conspiración de Cinadón
 - 292 Agesilao en Asia
 - 296 La muerte de Lisandro
 - 300 La Guerra de Corinto
 - 304 Soldados profesionales y mercenarios
 - 308 La Paz del Rey
 - 310 Un imperio sólido y seguro
 - 314 La rebelión de Tebas
 - 317 El ataque de Esfodrias al Pireo
13. El final de la hegemonía
- 324 Leuctra
 - 331 Los tebanos en Esparta
 - 335 La resistencia de Esparta
 - 338 La batalla de Mantinea del año 362
 - 340 Muerte de Agesilao
 - 344 Las causas del colapso súbito del poderío espartano
14. La Esparta helenística
- 349 Arquidamo III y Agis III
 - 355 Areo I (309-265)
 - 358 Agis IV (244-241)
 - 363 Cleómenes III (235-222)
 - 374 Nabis (207-192)
 - 381 Muerte de Nabis. Esparta en la Liga Aquea
 - 383 Esparta y Roma
 - 387 El turismo cultural

	15. Fuentes históricas y el espejismo espartano
394	Las fuentes
413	El espejismo espartano
425	Notas
445	Tabla cronológica
451	Genealogía de las casas reales de Esparta
452	Dinastía Agiada
453	Dinastía Europóntida
455	Bibliografía
457	Índice de ilustraciones
459	Índice analítico

*A Nieves,
Tu mihi curarum requies.*

Prefacio

La fascinación por Esparta ha sido constante desde la Antigüedad hasta nuestros días. Fue una ciudad diferente a cualquier otra por sus instituciones y por su forma de vida. Los espartanos se dedicaban en exclusiva a las armas; su exigente entrenamiento desde la más tierna infancia los convertía en temibles soldados sin miedo a la muerte y les inculcaba un altísimo sentido del honor y de la disciplina. Eran toscos guerreros de pocas palabras que vivían austeramente, despreciando los lujos y el dinero. Era tanta la dureza de aquella vida que se llegó a decir que para los espartanos la guerra era el descanso de sus fatigas y ejercicios. No resulta, pues, sorprendente (aunque se lo pareciera a Jenofonte, gran entusiasta de las cosas de Esparta) que todos alabaran sus normas pero ninguna ciudad quisiera imitarlas.

Las costumbres espartanas parecían tan extrañas que hasta el propio Heródoto consideró necesario explicarlas, como había hecho con las de otros pueblos remotos.

Para nosotros (como para Heródoto) es tan llamativo aquel pueblo tracio, que lloraba en los nacimientos y reía en los funerales, como lo son los espartanos, que aparecían alegres cuando sus parientes caían en la batalla, y tristes si habían sobrevivido. En ese mundo al revés, las mujeres disfrutaban de una escandalosa libertad de palabra y de obra; se exhibían desnudas, hacían ejercicio y administraban sus propios bienes.

Pero lo cierto es que Esparta estaba lejos de ser esa sociedad ideal y perfecta que describían sus partidarios: se mantenía sobre una brutal explotación de sus esclavos (los ilotas); la famosa igualdad era engañosa, pues aunque todos eran iguales en la educación recibida, en su forma de vida y en su apariencia, se mantuvieron sin embargo las diferencias en la riqueza.

Su dedicación en exclusiva para la guerra los había apartado de las corrientes intelectuales y artísticas de la Época Clásica. Fuera de Esparta se hacían odiosos por su carácter orgulloso y arrogante, y se mostraban sorprendentemente débiles ante las tentaciones del lujo y del dinero. Sin duda, tuvieron capacidad política y militar para dominar en el Peloponeso y crearon una sociedad que pudo enfrentarse con éxito a dos grandes problemas: la cohesión interna y las revueltas de esclavos, pero esto, por supuesto, tuvo un alto precio: el abandono de las artes y la cultura.

El presente libro hace un recorrido por la historia de Esparta desde su fundación hasta los tiempos romanos, deteniéndose en explicar su forma de gobierno y su peculiar modo de vida; cuando reconstruimos el periodo de formación de sus ciudadanos desde la infancia y des-

cribimos su comportamiento en las circunstancias más diversas, estamos más cerca de entender cómo pensaba y sentía un auténtico espartano, pues más que su éxito en batallas y guerras, es el espíritu de aquellos hombres el que ha convertido a Esparta en la ciudad más extraordinaria de la historia.

De todas maneras el estudioso se enfrenta a numerosos problemas cuando aborda en profundidad esa tarea. Los espartanos controlaron la imagen que ofrecían a los demás griegos, y presentaron al mundo exterior su mejor cara. Ocultar sus reveses y sus defectos era conveniente en todos los sentidos, principalmente en el militar, y sirvió para controlar a su numerosa población de esclavos. Esto solo fue posible debido al aislamiento. Por desgracia, ese secretismo ha causado en los historiadores antiguos y modernos no pocos problemas para comprender su pensamiento, sus instituciones políticas y su sociedad. Solo contamos con los escritos de algunos autores que fueron abierta e incondicionalmente partidarios de Esparta. Esto hace que hoy día pongamos en duda muchas cosas que nos han transmitido como ciertas y que responden más bien a una utopía, producto de su idealización de la vida espartana. Es por eso que el último capítulo del libro está dedicado al problema de las fuentes antiguas y al proceso de creación de esa imagen idealizada que todavía tenemos en la actualidad.

Algunas observaciones para terminar; en primer lugar, todas las fechas del libro, si no se indica lo contrario, se sobreentienden que son antes de nuestra era; en segundo, el término con el que se designaba a los esclavos del

Estado espartano se transcribe correctamente como «hilotas», pero en el libro se ha usado la forma sin hache, más tradicional en nuestro idioma.

Por último, conviene aclarar los diferentes términos que se emplearon para denominar a Esparta y su región, algo que puede confundir a los que toman contacto por primera vez con su mundo: «Esparta» era el nombre de la ciudad a orillas del Eurotas; la palabra se relaciona etimológicamente con el verbo griego *speíro*, ‘sembrar’, y vendría a significar ‘tierra sembrada’. Los «espartiatas» eran los ciudadanos de pleno derecho de esa ciudad. La región del sur del Peloponeso donde se situaba la ciudad se llamaba «Lacedemonia» (*Lakedemôn*) o «Laconia» (*lakoniké gê*: ‘tierra laconia’), sin embargo, a veces la ciudad también es denominada *Lakedemôn*. «Lacedemonios» era el nombre que recibían los habitantes de toda la región y englobaba a ciudadanos de pleno derecho, clases inferiores y periecos. Es el nombre más usado en los textos clásicos; precisamente por su carácter más genérico, se ha resistido a una explicación etimológica. Curiosamente en las tablillas micénicas en lineal B, halladas en la acrópolis de Tebas, se encontró este nombre: *ra-ke-da-mi-ni-jo*, lo que nos indica su gran antigüedad.

1. Tiempo de conquista

El retorno de los Heraclidas

La ciudad de Esparta se mantuvo sin murallas hasta el siglo III. Sus ciudadanos decían orgullosos que «las murallas de Esparta eran sus jóvenes y sus fronteras las puntas de sus lanzas»¹. Lo cierto es que su entorno natural en el sureste del Peloponeso la protegía de forma perfecta: al oeste, la cordillera del Taigeto, con sus 2.407 metros en su parte central, la separaba de la región vecina de Mesenia; al este el monte Parnón², que llega a alcanzar los 1.935 metros, la aislaba de la zona costera; al norte se encontraban las colinas rocosas de la Escirítide, que lindaban con Argos, y el macizo que hoy se denomina Chelmos (776 metros sobre el nivel del mar), el cual protegía la frontera con Arcadia; al sur, siguiendo el valle, a más de 40 kilómetros, se alcanzaba el mar, pero a tanta distancia ya no pudo significar una fuente de inseguridad

(ni una ventaja para el progreso). El trágico ateniense Eurípides escribió sobre la ubicación de la ciudad:

En un hondón rodeado de montañas
abrupto y difícil de invadir para el enemigo.

Para bien y para mal, el aislamiento fue el factor principal del carácter y de la historia de Esparta.

Otro elemento clave de la geografía de Esparta fue el Eurotas, uno de los pocos ríos de Grecia que no sufre la sequía estival. Nace en las montañas de Arcadia y corre hacia el sur entre la cordillera del Taigeto y la del Parnón para desembocar finalmente en el golfo Lacónico. En la margen derecha del río se asentó la ciudad, dominando la zona más fértil, una llanura de 22 kilómetros de largo y entre 8 y 12 de ancho. La ciudad estaba formada por cuatro aldeas (en griego, *obai*): Pitana, Mesoa, Limnas y Cinosura. Entre ellas había extensas áreas sin construir, y cada comunidad enterraba a sus muertos a las afueras separadamente. Sin murallas y sin centro urbano, la ciudad ofrecía a los visitantes de la Época Clásica una imagen anticuada. Tucídides la describe «desperdigada por aldeas, a la antigua usanza de Grecia»³.

Procedentes del norte de Grecia (Epiro e Iliria), los espartanos, que eran griegos de estirpe doria, habían ocupado aquella fértil planicie hacia la segunda mitad del siglo X, como confirma la investigación arqueológica. Fundaron su ciudad intencionadamente lejos de los viejos centros micénicos, lo que indica su deseo de marcar las diferencias con los antiguos pobladores. De hecho, todos los relatos legendarios sobre el origen y la funda-

cion de Esparta hablaban de conquista y de ocupación violenta.

Decía el mito que tras la muerte de Heracles, sus hijos fueron perseguidos sin tregua por el odio de Euristeo (el que había encargado al gran héroe sus célebres trabajos). Se refugiaron finalmente en Atenas, donde su rey Teseo se comprometió a velar por su seguridad. Cuando Euristeo declaró la guerra a los atenienses, fue derrotado y murió en la batalla. Los descendientes de Heracles decidieron entonces regresar al Peloponeso, país del que era originario su padre; consultaron el oráculo de Delfos, que declaró que su deseo se cumpliría «después de la tercera cosecha»; por malinterpretar estas palabras del oráculo, atacaron sin resultado el Peloponeso durante años, hasta que pasó la tercera generación; a esto se refería el oráculo cuando hablaba de «la tercera cosecha».

Por entonces la casa real estaba formada por tres hermanos, Témeno, Cresfontes y Aristodemo, que se pusieron al frente del pueblo dorio (en otra versión del mito, Aristodemo, que era el más joven, murió mientras se hacían los preparativos para la invasión y dejó el poder a sus dos hijos gemelos, Eurístenes y Procles). Guiados por Óxilo, un exiliado que había sido rey de Élide, los dorios, con los Heraclidas al mando, atacaron el Peloponeso y lo conquistaron definitivamente dando así cumplimiento al oráculo. Élide se reservó para Óxilo, pero el resto de la península se repartió a suertes entre los hermanos: la región del noroeste –es decir, Argos– fue para Témeno; Mesenia, que era la región más fértil, al oeste, para Cresfontes; Laconia o Lacedemonia, la fértil región regada por el Eurotas, para

Aristodemo (o, según la otra versión, para los gemelos Eurístenes y Procles). La zona central del Peloponeso, Arcadia, quedó olvidada fuera del reparto. Cada hermano a continuación erigió un altar a Zeus, y sobre ese altar cada uno encontró un signo que guardaba relación con el carácter del pueblo sobre el que iba a reinar: en Argos el signo fue un sapo, en Mesenia un zorro y en Laconia una serpiente.

Para los griegos, el retorno de los Heraclidas y la llegada de los dorios al Peloponeso lo explicaba todo: el derecho de los espartanos a sojuzgar aquellas tierras como botín conquistado y la división política de la península. También explicaba una de las rarezas del sistema político espartano: la monarquía dual. Los gemelos Eurístenes y Procles participaron en la conquista del Peloponeso, y en el reparto se quedaron con Laconia; de aquí nacen las dos casas reales existentes en Esparta, que se llamaron Agíadas (por Agis, el hijo de Eurístenes) y Euripóntidas (por Euriponte, el hijo de Procles).

El poeta Tirteo, a mediados del siglo VII, es el primero que nos trasmite esta leyenda que se usó como justificación del derecho de propiedad de los dorios sobre Esparta:

Pues el mismo Zeus, hijo de Crono y esposo de Hera,
la de hermosa guirnalda, concedió esta ciudad a los Heraclidas,
con los que, tras dejar la ventosa Erineo,
llegamos a la espaciosa isla de Pélope⁴.

El gran historiador Tucídides (en el siglo V) fechó este acontecimiento con exactitud al comienzo de su obra:

Los dorios ocuparon el Peloponeso ochenta años después de la toma de Troya con la ayuda de los Heraclidas⁵.

La cuestión de la migración doria está directamente relacionada con la formación del Estado espartano y su especial naturaleza.

En general, los historiadores modernos han admitido la invasión de los dorios como un acontecimiento real, aunque es imposible determinar la forma y el momento exacto en que se desarrolla. La teoría tradicional sostenía que en torno al 1200 los dorios llegarían procedentes del Epiro y de Tesalia hasta el sur de Grecia y serían los responsables de la violenta destrucción de la civilización micénica que allí florecía. La severa despoblación que siguió al final dramático de los palacios es un hecho comprobado arqueológicamente, así como el desplazamiento de los primitivos pobladores micénicos; esos desplazamientos se dirigieron hacia zonas periféricas más seguras: Acaya, el Ática y el Egeo, principalmente Chipre. Pero como no hay registro arqueológico de nuevos pobladores con una nueva cultura material, algunos estudiosos han pensado que los dorios estaban asentados ya en el Peloponeso durante la civilización micénica, donde habrían llegado como consecuencia de una marcha migratoria lenta y gradual; es posible que se intensificase esta migración al final de la época micénica aprovechando la decadencia de aquella civilización debida a complejas y múltiples causas: guerras intestinas, catástrofes naturales como terremotos, depresión económica, hambre y descenso demográfico. Pero esta teoría no es incompatible con su participación y responsabilidad en la

destrucción del mundo micénico, pues algunos estudiosos han considerado a los dorios como una clase inferior en la sociedad micénica que finalmente se rebeló contra la clase dominante.

El mapa dialectal del griego en el Peloponeso parece también confirmar la llegada de los dorios. Por ejemplo, Arcadia en el corazón de la península, con su peculiar dialecto con grandes semejanzas con el chipriota y muy próximo a la lengua que nos muestran las tablillas micénicas, parece un reducto no alcanzado por la migración doria (lo que está de acuerdo con el mito). El gran estudioso de los dialectos griegos, C. D. Buck llegó a decir que si no tuviésemos noticia de la migración doria, habría que inventarla para explicar la situación dialectal tal como la conocemos en época histórica. Por otro lado, también podemos asegurar por el estudio dialectal que los dorios no estuvieron alejados de las otras estirpes griegas; de lo contrario, habría una clara diferenciación lingüística que no percibimos en los dialectos de la Época Clásica.

La conquista de Laconia

Pausanias es nuestra principal fuente para estos primeros momentos del Estado espartano. Este autor aborda la expansión en Laconia como un enfrentamiento entre los dorios y los primitivos habitantes micénicos que habían quedado, y que denomina «aqueos».

Esparta dominaba la vega media del Eurotas que era, con diferencia, la zona más fértil. Pero bien pronto comenzó su expansión con miras a dominar toda la cuenca

del Eurotas. En primer lugar se dirigieron al norte. Hacia el 775 conquistaron la ciudad de Egis (*Aígys*), en la zona noroccidental de Laconia, junto a las fronteras de Arcadia y Mesenia, en la vertiente occidental del Taigeto (zona donde se ubica el pueblo actual de Kamara). Según la tradición que recoge Pausanias, los reyes espartanos Arquelaos y Carilao destruyeron Egis⁶. Pronto toda la parte norte del valle del Eurotas quedó sometida, lo que incluía la Escirítide, una región montañosa en la frontera con Arcadia, y la comarca donde posteriormente se crearán las comunidades de Selasia y Pelene.

Luego, una generación más tarde, el hijo de Arquelaos, llamado Teleclo, se dirigió al sur y ocupó hacia el 750 la ciudad de Amiclas, que distaba tan solo cinco kilómetros de la propia Esparta. Aunque Pausanias habla de una ocupación violenta, podemos suponer que hubo una larga coexistencia, a veces hostil y a veces pacífica, entre las dos comunidades, hasta que finalmente se produjo la anexión o sometimiento, que no tuvo que ser de una forma dramática. La cercanía entre las dos ciudades hace difícil imaginar una oposición tajante; además, con seguridad Amiclas contaría en gran parte con una población de dorios. Algunos autores antiguos hablan de colaboración con los dorios invasores en un primer momento, pero luego de sometimiento y revueltas; al final de estas revueltas la población se vio obligada a salir del territorio y colonizó otros lejanos países; así se explicaba la existencia de otras ciudades llamadas Amiclas en Chipre y en Creta. Lo cierto es que tras su conquista Amiclas no fue tratada como otras poblaciones de Laconia sino que fue incorporada a la ciudad de Esparta como la quinta